



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12842

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Llegó la hora

Hoy comienza la feria de Murcia.

Y hoy comienza también la emigración hacia la capital de la provincia.

Hay que corresponder a la cortesía de nuestros vecinos y así como vinieron ellos a hacernos la visita en los primeros días del pasado mes, habremos de devolvérseles a nosotros en la ocasión presente, en que se preparan para recibirnos con un buen programa de fiestas.

En realidad, ni murcianos ni cartageneros necesitan, para hacer el viaje, que se les atraiga con festejos, pues el mejor aliciente de Murcia es el verjel que le sirve de alfombra y el mejor aliciente que tiene Cartagena es el mar que le besa los pies. Mientras la ciudad de las siete coronas tenga flores, irán los cartageneros a aspirar sus perfumes; y en tanto que la ciudad de Adrúbal duerma arrullada por las olas azules, vendrán los murcianos a recrear la mirada en el líquido espejo donde se mira el sol.

A la hora esta bullé un proyecto de viaje en cada majín. Cada individuo se encuentra enfrente de un problema que hay que resolverlo a toda costa.

Para los menos será irresoluble. Los demás despejarán la incógnita con dificultades ó sin ellas y mañana, pasado ó el domingo tomarán el tren, solos ó acompañados, porque estos viajes populares gusta hacerlos echando por delante a la familia.

Por fortuna la empresa del camino de hierro ha simplificado el problema reduciendo de un modo asombroso el precio del billete y... ¿quién no va a Murcia por un par de pesetas? Estaría bueno que sien-

do la haya tan grande hubiera que quedarse de a pie.

El viaje a Murcia constituye la nota del día; de él se ocupan en todas las casas y hay familia que sueña con él; y como es una ilusión realizable a plazo corto, goza lo indecible con los preparativos, es decir, discutiendo el programa del viaje.

Por que eso del programa, que no se necesita cuando el viaje es unipersonal, tiene tres beñoles cuando es colectivo. Se acuerda en principio, con una semana de anticipación y se echan las líneas generales para reducirlo a pesetas, ni más ni menos que hace el señor Osma cuando un compañero le somete los gastos de una innova-

Después se declara en junta permanente la colectividad y se va discutiendo y acordando la clase del billete, el punto de la cita, el avituallamiento para entretener el camino, el establecimiento donde almorzarán y todo lo demás relativo a la expedición.

Los que lo realizaron otras veces relatan sucesos en que fueron actores y los novatos en eso del viajar les escuchan con la boca abierta oyendo hablar de cosas que ellos no conocen.

Y así se pasa el tiempo, entre los recuerdos de los unos y las ilusiones de los otros; hasta que llegada la hora de partir y lanzado el grito de ¡viajeros al tren! comienza a acudir la gente a la estación, demandando el billete, estrujándose, codeándose, pisándose para tomarlo pronto y elegir buen sitio en el convoy. Que todo eso y el calor del camino y el ahogo producido por el hacinamiento de personas en los coches y el vocerío y el escándalo propio de un tren torero, puede afrontarse a cambio de vivir unas horas en Murcia.

El momento ha llegado y algunos ya se van. Pero queda en re-

serva el contingente de pasado mañana y del domingo.

Y, a se verá como así que sea lanzado el grito de ¡viajeros al tren! se quedan desiertos la ciudad y el campo.

CUENTA REDONDA

A un Teniente de reemplazo
Que al mes veinte duros tiene
Le dió, dándole un bromazo
Su señora el sexto nene.

Y el médico, que de antiguo
Con celo digno de encomio,
En gracia a su sueldo exiguo,
Le visitaba de momio.

Acordó a la paciente,
Que estaba muy enferma,
Buscar inmediatamente
Para el torro una nodriza.

Causó al marido sonrejos
Aquella receta limpia,
Pero cerrando los ojos
Encargó un ama de cría;

Y la que al fin logró hallar,
Que estaba en los linceos puros,
Se avino el chico a criar
Pagándole al mes seis duros.

Quedóse abortó el Teniente
Ante aquella petición,
Mas como el caso era urgente
Tomó una resolución;

Y dijo al ama: —Pues cuente
Con darle, si el p'an le halaga,
No seis duros, si no veinte,
Que es lo que tengo de paga.

Mas para que eso la dé
Y no me coma los codos,
Sepa, que nos tiene usté
Que dar de mamar ¡a todos!

(Carlos Cano.)

MAREMAGNUM

Si alguna duda capiese de que España es el país más laborioso y trabajador del mundo se dispararía en el acto ante la marimorena general que ha producido el reglamento para la aplicación del descanso dominiguero.

¡Gran concierto para voces solas!

A los vagos de profesión los enoja el tal descanso, solamente porque es preceptivo, a los trabajadores les molesta porque coarta sus iniciativas; a los toreros les parte por el eje, porque les desnaturaliza el cocido; y a los tabernarios les enojan, porque facilita demasiado la libre alcoholización.

Nadie se entienda, todos hablan a la vez, todos se quejan. Parece natural que los favorecidos entonces himnos de alabanza en honor al tal reglamento y a quien lo inventó, pero es todo lo contrario, no hay entre ellos quien lo aplauda y lo jalee, considerando todos el tal reglamento como un verdadero adofesio de la burocracia andante.

Hasta los periódicos lo encuentran deficiente por la postrimeria basda de que el descanso dominical se cumplanta con tan pocas sentidas prácticas y usas, que al mismo tiempo que con la prohibición de publicar los periódicos, se abre la puerta de cultura, con la autorización a los templos de Baco, deja las tabernas abiertas de par en par.

Entre las verduleras al por mayor y menor, hay un verdadero clamor.

Estos pueden irse a la calle a vender sus coles y sus lechugas, y a ellas tienen que cerrar sus tiendas a piedra y lodo.

Los efectos de la publicación de tal reglamento se han sentido inmediatamente en los estancos, donde estos días se han despedido una infinidad de pliegos de papel sellado.

Llueven las instancias las reclamaciones y las protestas: los burocras burocráticos y los registros oficiales, están abarrotados de papel.

El maremagnum es indescriptible, nadie quiere hojar en domingo por miedo a que, dando a media noche, y los más templados se una protesta, han descompuesto la vieja fórmula que nuestros abuelos inventaron para aplicarla a las leyes desatinadas: «Se acata, pero no se cumple».

Todo hace creer ante semejante ovación, que el descanso dominiguero seguirá... en su lugar descanso.

Es que es una de tantas leyes como están destinadas a cubrirse de telarañas, y en las que se pone más de relieve la esterilidad de nuestros insignes legisladores.

A media docena de ovaciones como esta ¡diles poder legislativo!

La gente decidida ha tomado por su cuenta esa ley y la pone como nueva. Quien no la llama ridícula, la califica de arbitraria; el que no la llama desatinada, la considera clerical.

Un periódico dice que la del descanso dominical es una ley eclesiástica por el estilo de las que, emanadas de Roma, establecían o derogaban en otro tiempo ciertas festividades religiosas.

Lo que se ve claro es que nadie sabe a qué atenerse respecto al descanso dominical.

Antes de publicarse el reglamento, cada cual sabía lo que le correspondía hacer y tenía reguladas sus horas domingueras; por la mañana una horita más de cama; luego a misa, después a dar una vuelta por ahí, luego a la pitaña, después la siesta, luego los toros y por la noche ¡juerga completa!

Ahora, el que más y el que menos, con el reglamento delante de las narices, estudia, comenta, saca notas, consulta al vecino, desentraña párrafos, y en fin, se calienta la cabeza de tal modo, que no hay modo ni forma de entenderlo; y como esto dure mucho, la gente va a concluir por arañarse y morderse.

¡Bonito pervenir!

Abel Martí.

Mes de Septiembre

Agricultura.—Los que habitan países calientes deben sembrar centeno, cebada, habas, altramuces y adormideras, en creciente de luna; en países fríos mejor es antes que ahora, y si en creciente hubiere caído sembrar trigo y si puede ser caudal y lino que no se riega.

En menguante vendimia, coged las uvas que han de colgarse.

Sembrad coles, colifloras, nabos, cebollas, etc.

Sembrad espinacas para la cunreana, desde los aplos, y echad las colifloras, seco y atad las colifloras, cuyo cogollo parece estar ya formado.

Jardines.—Podéis sembrar las semillas de los renúnculos, iris, tulipanes, adormideras y otras plantas anuales; quitar los pimpollos a las clavellinas, alieles y otras semejantes.

Se siembran de asiento: zanahoria pequeña; nabo largo negro; idem redondo blanco; id. id. de bola de oro; colinabo blanco; remolacha pequeña; guisante del príncipe.

Para obtenerlos en Noviembre y Diciembre.

Guisante enano común; id. id. imperial; id. id. verde de Prusia; id. capuchinos ó tirabeques.

UN CRIMEN DE LA JUVENTUD 92

nica se espasó, voy a hacer un voto por usted caballero.

—¿Cuál?

—Que la joven en cuestión no se me parezca en nada ni tenga ningún punto de contacto con mis ideas sobre el matrimonio, porque entonces...

—¿Entonces? insistió Beltrán.

—Entonces estaría Vd. condenado a un celibato eterno.

Y Melania se levantó, siempre zambona, añadiendo:

—Me permite Vd. que vea si mi padre tiene su mala suerte de siempre al juego.

A partir de este momento, le fué imposible a Beltrán de volver a hablar a solas con Melania.

Se balló: Beltrán obtuvo de ella un wals y dos polkas, pero ningún rigodon.

En cambio Oliverio tuvo un largo aparte con Melania.

Beltrán estaba ebrio de coraje; a las dos de la mañana dejó el salón del banquero y volvió a pie a su casa.

Vivía calle de San Lázaro.

Mas al llegar a la altura de la Calzada de Antín oyó que lo llamaban por su nombre.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 93

Era Oliverio que le daba alcance.

—¿Cómo? ¿es Vd? dijo Beltrán, que trató de tomar una actitud indiferente.

—Trataba de al alcanzar a Vd. amigo.

—¡Díantre! dijo Morlux; hablaba Vd. con tanto calor con la señorita de Valbonne, que no quise distraerle a Vd. de ese precioso diálogo.

—Habíamos de Vd., querido.

—¿De veras?

—¡Ah! pobre amigo, dijo riendo Oliverio, no ha estado Vd. feliz.

—¿Cómo así?

—Por de pronto, la señorita Melania sabía de antemano lo que iba Vd. a decirle.

—Me parece difícil.

—No, porque yo la había prevenido que Vd. tenía la intención de pedir su mano.

Beltrán palideció y se detuvo bruscamente.

—Según eso, dijo, sabía que era de ella.

—¡Dios mío! sí, y ha tenido un placer enteramente femenino en prolongar la agonía de Vd.

—¡Oh! marmaré Beltrán; le juró a Vd. que cambiará de lenguaje.

—Vaya, mi amigo, replicó Oliverio, voy a hacerle a Vd. una proposición de hombre galante.

UN CRIMEN DE LA JUVENTUD 96

rribles, de la cual no se curará usted jamás, sino siguiendo mis humildes consejos.

—Mi padre y yo, tendremos una viva satisfacción en recibir a su mujer de Vd. el invierno próximo, porque hoy es nuestro último domingo, en el caso de que Vd. nos haga el honor de presentárnosla.

—Su servidora,

MELANIA DE VALBONNE.

Mientras que Beltrán leía, Oliverio espía su fisonomía.

Beltrán estaba lívido; sus facciones fuertemente acentuadas, se habían crispado y tomado una expresión feroz.

—¿Será acaso malo y vengativo? se preguntó el joven.

—Mire Vd., Beltrán, le dije, soy generoso; quiero Vd. por última vez, si ó no anular nuestra apuesta?

—¡Jamás! dijo el mafioso estrujando la carta de Melania entre sus dedos.

Después alzó sobre Oliverio una de esas miradas frías y aceradas que penetran hasta el corazón.

—Pido solamente una modificación.

—¿Veámos?

—Si en lugar de casarme con la señorita de Valbonne, hago de ella mi querida.